

En las tardes oscuras del invierno se aprecia bien. La luz escasea y cobra más valor, aunque muchas veces hoy los valores no sean más que reflejos devaluados de su pasado. Los tiempos y los vértigos de ahora, que ya se sabe cómo las gastan. Aunque por Navidad no se aprecian grandes cambios a simple vista. Las calles siguen lustradas con adornos y parpadeos de luz. Es un escenario tradicional que resplandece, conmueve y evoca. El pulso navideño de las ciudades fluye por un circuito encendido y colorista. A veces deslumbra. Un eclipse de luz en las zonas más comerciales. Arriba, en el cielo divisable a pie de calle, un avión invisible señala su posición con más luces, fugaces cual estrellas de Navidad. Abajo, el resplandor ciudadano vestido para las fiestas oculta el avión y casi todo lo demás.

La Navidad a Migio le gusta. La percibe y la disfruta, aunque no pueda verla. Migio es ciego de nacimiento y por eso desde siempre ha tenido que imaginar, reproducir por su cuenta y riesgo la realidad, cuanto hay del otro lado de su oscuridad inseparable. Imaginación no le falta, por tanto. Y tampoco decisión para desenvolverse con acierto en su entorno cotidiano. El barrio madrileño donde reside desde que viniese al mundo, en otro diciembre lejano y lleno de frío, hace tiempo que no tiene secretos para él. A su barrio Migio lo siente suyo de verdad. Son calles surcadas con paso familiar, casi una extensión de su casa, la casa de su familia de origen asturiano. En ese barrio tiene Migio a sus amigos, y también un trabajo adaptado por la ONCE desde hace años. Ese arraigo le supone una suerte de premio que él sabe reconocer y valorar. No hay más que verlo para apreciarlo. Migio es un hombre risueño y jovial, querido por los vecinos y libre de amarguras. Porque, lejos de lamentarse o limitarse por su ceguera, cuenta con su propia visión del mundo. Una visión única, distintiva, determinante.

Entre las aficiones de Migio llama la atención su querencia por el cine, sagrado para él en esta época navideña coincidente con su cumpleaños. Unas fechas y un cine significados más que nunca desde que faltan sus padres. También por eso sigue yendo a ver al menos una película cada Navidad, por no contemplar mejor homenaje paterno que el del cine. De niño sus padres siempre lo llevaban a ver —a representarse, en su caso— películas familiares, educativas, con valores que transmitir. Su madre le decía que así se le estimulaba la imaginación, y su padre no quería otra cosa que verlo contento. De resultas, Migio es hoy como es: imaginativo y fácil de contentar por haberse educado bien. Desde la infancia que

puede ver en su mente su propia película, no la que otros quieren que vea, y eso lo hace divertirse de forma muy personal. Él nunca ha sido un espectador pasivo, al contrario. Su mirada puede no tener el brillo ordinario de los videntes, pero en cambio brilla en otra dimensión alternativa única y particular. Porque cuando se aprende a mirar distinto siempre aparece algo nuevo detrás de lo evidente, y Migio lo sabe. Sabe sortear como nadie las evidencias más insulsas, los trampantojos, las mixtificaciones de la pura y dura realidad. De los contornos del mundo proyectados en su mente, los sugeridos por el cine son siempre sus preferidos; sobremanera por estas fechas. Y en ese ritual cinematográfico tan suyo cifra Migio su celebración navideña más íntima. El homenaje a su herencia y biografía. Su fiesta mayor.

El cine sabe tanto mejor cuanto más tradicional, y este Roxy de barrio guarda mucha historia detrás. De hecho, en el ambigú sin franquiciar se siguen despachando los preliminares de palomitas y refresco de toda la vida para acompañar la película. Un ceremonial previo que prepara y alimenta la aventura. La aventura es lo principal, y lo de menos –al menos en su caso– la película en sí. Así apercebido y exento de vacilaciones primerizas por la costumbre, Migio entra en la sala con tiempo y se acomoda. Elige siempre un asiento de la última fila, la más independiente y desinhibida, la más indicada para la función que suele traerse consigo él. Una función propia, externa a la cartelera, insólita y sorprendente a los ojos de quienes no saben de su historia.

Aunque no lo parezca, Migio ocupa un lugar de privilegio allí, al fondo esquinado de la sala, apartado del grueso del público y del guion de la película. Ir por libre es, lo tiene bien comprobado, la mejor manera de que pasen cosas, de emocionarse a la carta, de aguardar la visita de un pasado sin fecha fija de regresión. Y es que a lo largo de los años se han sucedido en la sala escenas y representaciones para todos los gustos. A veces fue un silbido de trenes de juguete en la infancia, la cantinela de una tabla de multiplicar recitada por todo el parvulario, o una velada adolescente con tocadiscos y bromas ruidosas de inmadurez. En otras sesiones Migio volvía a escuchar la voz instructiva y paciente de algún profesor o una canción de moda en la radio o en la televisión, un sonido ambas para él. Incluso en cierta ocasión la banda sonora de las invocaciones llegó a llegar más atrás en el tiempo, hasta una canción infantil con la que lo acunaba su madre a la hora de dormir. Y soñar, eso desde siempre.

Pero hoy una mixtura de ilusión y expectativas le retrotraen la película mucho más atrás todavía, antes de que él o el cinematógrafo naciesen. Lo ve claro al sublimarse el hielo de su refresco, fusionando con un cosquilleo de magia repentina. Al instante, las burbujas entran en ebullición como por ensalmo y Migio ha de apartar el vaso bajo el asiento para no

quemarse. A espaldas de la concurrencia surge sin ser visto una especie de vapor. Se acerca por sorpresa otra comedia muy distinta a la proyectada en pantalla, y solo Migio lo sabe.

Claro que, por muy atentos que estén a la pantalla, los espectadores no podían mantenerse ajenos todo el tiempo a esa otra función superpuesta por detrás, al extremo invisible de la sala. La agitación trasera empieza a reclamar su atención con insistencia. El rumor creciente goteando sobre el silencio del cine, el repique del bastón de Migio contra el suelo, el tintineo de llaves con reminiscencias de los antiguos serenos astures en las noches de Madrid: todo ello trastoca por sorpresa la sesión. Una sorpresa fuera de cartelera y de lógica para quien no fuese Migio. Nadie más puede verlo, pero todos los presentes acusan las molestias. Molestias que para Migio no son más que diversión añadida a su ritual cinéfilo-sentimental. Está concentrado como nadie en su butaca, con los sentidos aguzados para mejor seguir la película. Eso sí que no tiene nada de extraño. Migio goza de su propia visión y de su propia escenografía, un ciclorama sensorial exclusivo. Los otros asistentes de la sala se distraen de la película para girarse hacia él y verlo solo en su esquina de la última fila, mirando a la pantalla con tanta fijeza como si pudiese verla igual que ellos; y la cosa, claro, no pasa a mayores. Unos lo conocen y lo respetan, otros no lo conocen, pero respetan y se compadecen del bastón blanco y las gafas negras en el resplandor penumbroso del cine. Cómo no reconocer y compadecer la evidente figura de ciego, y acaso también de sordomudo, o de loco. Todos callan y toleran, por tanto, las molestias. Incluso después, cuando las palomitas comienzan a volar y rebotar con travesura sobre las filas delanteras. Todo el incordio parece pasarse por alto hoy. A fin de cuentas, la Navidad es también época de indulgencia.

Pero la función sigue su curso y termina por provocarle a Migio un colofón hilarante. Porque la comedia es tan divertida, tan antigua y tan suya que no puede menos que echarse a reír a carcajadas. Y las carcajadas molestan más al espectador que los golpecitos de antes. Aunque Migio ríe también por otro motivo ahora. Ríe como un niño por celebrar el argumento de la película de este año. Una risa ascendente y escandalosa por momentos. Alguno de los espectadores pierde ya la condescendencia para volverse hacia él visiblemente contrariado y cargado de razón. Aunque, claro está, Migio no puede verlos. Lo único que puede ver su mirada fundida en negro sin luto es lo que nadie más puede, y ahí reside precisamente la gracia. Una figura pequeña e inquieta que tan pronto come las palomitas con gula como las usa de proyectil o recorre a toda velocidad las butacas, palmeando en la nuca a los espectadores que protestan. Nadie puede verlo, pero Migio sí. Lo distingue bien con sus

gafas de celuloide añejo. El duende lleva en la cabeza un gorro colorado y un aura *revolvina*¹ y atravesada que no para de desparramar con cabriolas circenses. Zigzaguea y enreda a troche y moche por filas aleatorias, soplando velas de tartas imaginarias en los cogotes. Pero es Migio quien cumple los años y a quien tironea las orejas el duende.

–*Trastu de trasgu* –se dice Migio entre risas, las únicas risas de la sala pese a la comedia programada de la pantalla–. ¡Qué espectáculo, amiguinos! ¡Lo nunca visto este año!

Y al cabo, tras consumarse la función gamberro-mitológica, Migio percibe la teatral despedida del *trasgu*. Reverencias, muecas y aspavientos como de cómico profesional hacia el sufrido auditorio de su pandemónium. Migio está entusiasmado. Qué más daba que nadie aplaudiese, ya aplaudía él por todos. Había sido una actuación memorable, con un fin de fiesta a la altura, a todas luces digna de elogio la evocación de este año. Aquella sala repleta de recuerdos y mitologías se había superado a sí misma. Hoy Migio tampoco tenía nada que lamentar por no poder ver otra cosa. Porque, a su juicio, el de este año era el mejor espectáculo que había presenciado jamás. Y eso ya eran palabras mayores. Palabra de *diañu*² burlón, *travesáu*, y *puñeteru*.

¹ Revoltosa, en asturiano.

² Diablo, diablillo travieso en asturiano.